

Jims intentó abrir la puerta de la habitación azul. Sí, estaba cerrada con llave. Tuvo la esperanza de que tal vez tía Augusta se hubiese olvidado de cerrarla, pero ¿cuándo se olvidaba de algo, tía Augusta? Nunca. Quizá lo único que olvidaba era que los niños no nacen adultos. Eso sí era algo que jamás recordaba. En realidad, ella era sólo su media tía. Era probable que las verdaderas tías tuviesen mejor memoria.

Jims se volvió y permaneció parado, con la espalda apoyada contra la puerta. Era mejor así, porque en esa posición no lograba imaginar todo lo que ocurría detrás. Y la habitación azul era tan grande y oscura que podía imaginar muchas cosas terribles. Todas las ventanas, excepto una, tenían las persianas bajas y esa única ventana abierta recibía la sombra de un gran pino que no permitía la entrada de luz.

Jims se sintió muy pequeño, perdido y solo, cuando se apartó de la puerta, tan pequeño y solo que uno podía suponer que incluso la más severa de las medias tías lo habría pensado dos veces antes de encerrarlo en esa habitación y obligado a que permaneciera allí toda la tarde en vez de cumplir con el paseo prometido. Jims odiaba que lo dejaran solo y encerrado, sobre todo en esa habitación azul. La inmensidad, la penumbra y el silencio de aquel lugar producían en su alma sensible un vago terror. A veces llegaba a descomponerse de miedo. Pero para ser justos con tía Augusta, hay que admitir que ella no sabía nada de todo eso. Si lo hubiese sospechado, no habría decretado ese castigo, porque sabía que Jims era un niño delicado de salud, por lo que no debía someterlo a ninguna tensión física o mental. Por eso lo encerraba en vez de azotarlo. Pero ¿cómo podía saberlo? Tía Augusta era de esas personas que nunca sabía nada, a menos que se lo dijeran en un lenguaje sencillo y luego se lo repitieran para que se le grabara en la mente. No había nadie que pudiera decírselo salvo Jims y Jims habría preferido morir antes de decirle a tía Augusta, a esos ojos fríos escondidos detrás de anteojos y a esa boca delgada que nunca sonreía, que sentía miedo cada vez que lo encerraba en la habitación azul. Por lo tanto, siempre lo encerraba allí en castigo y los castigos eran muy frecuentes, puesto que tía Augusta consideraba que Jims siempre hacía travesuras. Pero esa vez, al principio, Jims no estaba tan asustado como siempre, porque por sobre todo estaba muy enojado. Como él decía, estaba rabioso con tía Augusta. No había sido su intención desparramar el budín por el suelo, el mantel y la ropa. Jims no podía comprender cómo esa porción tan pequeña de budín—tía Augusta era muy mezquina con los postres— podía haberse diseminado por todo ese espacio. Pero lo cierto era que había hecho mucho lío. Tía Augusta se enojó y dijo que debía curarlo de sus descuidos. Le ordenó que permaneciera toda la tarde en la

habitación azul y le prohibió salir a pasear en el nuevo automóvil de la señora Loring.

Jims se sentía muy defraudado. Si tío Walter hubiese estado en casa, habría recurrido a él, ya que era muy amable e indulgente, siempre y cuando cayera en la cuenta de que su sobrinito existía. Pero eran muy raras las veces que advertía su presencia, por lo tanto, Jims casi nunca lo intentaba. Él quería a su tío Walter, pero en cuanto al acercamiento que existía entre ambos, para su tío bien podía ser un habitante de una estrella de la Vía Láctea. Jims no era más que una criatura solitaria y abandonada, y a veces sentía tanto la falta de un amigo que no podía evitar que se le irritaran los ojos y le cayeran las lágrimas.

Sin embargo, ese día no tenía deseos de llorar: estaba muy enojado todavía. No era justo. ¡Eran tan pocas las veces que podía pasear en automóvil! El tío Walter siempre estaba muy ocupado para llevarlo, ya que debía correr a atender a los niños enfermos del pueblo. Sólo una vez cada muerte de obispo, la señora Loring lo invitaba a acompañarla. Pero cuando lo llevaba a pasear, también le compraba un helado o lo invitaba al cine, y Jims había esperado que ese día las dos cosas estuviesen incluidas en el programa.

—Odio a tía Augusta —dijo en voz alta. El sonido de su propia voz en esa inmensa y silenciosa habitación lo asustó tanto que el resto sólo lo pensó: «No me deja divertirme y tampoco dará de comer a mi pavo».

Mientras tía Augusta lo obligaba a subir las escaleras, Jims le había gritado a la vieja criada para que alimentara a su pavo. Pero estaba seguro de que Nancy Jane no lo había oído y nadie, ni siquiera Jims, podía imaginar a tía Augusta alimentando al pavo. Siempre le resultaba extraño el hecho de que su tía comiera. Le parecía algo demasiado humano para ella.

—Me habría gustado desparramar el budín a propósito —dijo Jims con tono de venganza. Al decirlo, su furia se evaporó. Nunca podía permanecer enojado mucho tiempo. Estaba asustado; sus ojos aterciopelados del color de la nuez estaban llenos de miedo, ese miedo que no debería existir en los ojos de ningún niño. Se sentía tan pequeño e impotente allí, aplastado contra la puerta, que uno se preguntaba si tía Augusta acaso lo habría perdonado si lo hubiese visto.

¡Cómo chirriaba aquella ventana en el otro extremo de la habitación! Era como si alguien, o algo, estuviese intentando entrar. Jims miró con desesperación hacia la ventana que no tenía las persianas bajas. Debía ir hasta allí, donde se podía acurrucar en el sillón que estaba junto a la ventana, y olvidarse de las sombras al mirar la luz del sol y la belleza del jardín al otro lado de la pared. Si no hubiese sido por ese jardín, a Jims lo habrían encontrado muerto de miedo en aquella habitación azul.

Pero para acercarse a la ventana, debía cruzar la habitación y pasar cerca de la cama,

a la que le tenía un miedo especial. Era lo más antiguo que había en esa antigua casa llena de antiguos muebles. Era alta y rígida y con cortinas sombrías y azules. Cualquier cosa podía saltar de esa cama.

Jims contuvo el aliento y cruzó corriendo la habitación. Llegó hasta la ventana y se echó en el sillón. Con un suspiro de alivio, se acurrucó en el rincón. Afuera, por encima de la alta pared de ladrillos, había un mundo en el que su imaginación podía volar, mientras su delgado cuerpecito seguía aprisionado en esa habitación azul.

Jims amaba a ese jardín desde la primera vez que lo vio. Lo llamaba El Jardín de las Fragancias y, en su fantasía, tejía todo tipo de historias increíbles, alegres y trágicas. Hacía pocas semanas que lo conocía. Antes, Jims vivía en una casa más pequeña al otro lado del pueblo. Luego, el tío del tío Walter, que lo había criado del mismo modo que tío Walter lo criaba a Jims, murió y todos fueron a vivir al antiguo hogar de tío Walter. Jims tenía la sensación de que tío Walter, por alguna razón, no se alegró de haber regresado a ese lugar. Pero tuvo que volver para respetar la voluntad de su tío. A Jims no le importó mucho. Le gustaban más las pequeñas habitaciones de la otra casa, pero el Jardín de las Fragancias compensaba todo.

Era un lugar muy hermoso. Justo detrás de la pared había una hilera de álamos temblorosos que siempre conversaban en susurros plateados y que agitaban las delicadas hojas con forma de corazón. Más allá de los álamos y debajo de unos pocos pinos dispersos, había un jardincito rocoso donde crecían helechos y plantas silvestres. Era tan lindo como un pedazo de bosque... y Jims adoraba los bosques, a pesar de que apenas los conocía. Luego, detrás de los pinos, había rosas que comenzaban a abrir sus capullos de junio. Se alcanzaban a ver rosas en una profusión que Jims jamás pensó que podía existir y senderitos que serpenteaban entre los arbustos. Parecía un jardín en el que no podía existir la helada o el viento fuerte. Cuando llovía, debía de llover con mucha suavidad. Detrás de las rosas, se alcanzaba a ver un césped verde, salpicado por fantasmas blancos de dientes de león y por árboles ornamentales. Los árboles eran tan frondosos que llegaban casi a ocultar la casa a la que pertenecía el jardín. Era una casa grande de piedra negra y matices grises con enormes chimeneas. Jims no tenía idea de quién podía vivir allí. Le había preguntado a tía Augusta, quien frunció el entrecejo y sólo contestó que no debía importarle quién vivía allí y que nunca, bajo ningún aspecto, debía hablar frente a tío Walter acerca de la casa contigua o de sus ocupantes. Jims nunca se hubiese atrevido a mencionárselo a su tío Walter. Pero aquella prohibición lo llenaba de una tremenda e incontrolable curiosidad. Lo devoraba el deseo de averiguar quiénes eran los habitantes de aquella casa prohibida.

Y soñaba con tener la libertad de aquel jardín. Jims adoraba los jardines. Su anterior casa tenía un jardín, pero en la nueva no había ninguno: no había nada más que césped viejo, que alguna vez había sido hermoso, pero que estaba en malas condiciones para sembrar. Jims había oído que tío Walter quería que una persona se

encargara de arreglarlo, pero hasta entonces no había hecho nada. Mientras tanto, allí, al otro lado de la pared, había un hermoso jardín que daba la impresión de estar siempre lleno de niños. Pero jamás vio a ningún niño; más aún, jamás vio a nadie. Por lo tanto, a pesar de su belleza, tenía un aspecto solitario que a Jims le dolía. Quería que su Jardín de Fragancias estuviese siempre lleno de risas. Se imaginaba corriendo por aquel jardín con amigos imaginarios, y con una madre, o una hermana mayor, o al menos, con una verdadera tía que le permitiera abrazarla y que nunca pensara en encerrarlo en habitaciones azules, frías y sombrías.

—Me parece que —dijo Jims, con la nariz aplastada contra el vidrio— o voy a ese jardín o reviento.

Tía Augusta le hubiese dicho con frialdad de hielo que no debía emplear semejantes expresiones. Pero tía Augusta no podía oírlo.

—Creo que el Gato Muy Hermoso no vendrá hoy —suspiró Jims. Luego se le iluminó el rostro: vio al Gato Muy Hermoso venir por el césped. Era el único ser viviente, con excepción de pájaros y mariposas, que Jims había visto en el jardín. Jims sentía adoración por ese gato. Era negro azabache; las patas y el pecho eran blancos y tenía la dignidad de diez gatos juntos. Los dedos de Jims se estremecieron de entusiasmo por acariciarlo. Nunca le habían permitido tener un gatito, porque tía Augusta tenía terror a los gatos. ¡Y uno no suele acariciar a los pavos!

El Gato Muy Hermoso atravesó los senderos del jardín de rosas; sus hermosas patas avanzaban con paso delicado. Se sentó en un rincón sombrío bajo el árbol de pino, precisamente donde Jims podía alcanzar a verlo, gracias a un claro que había entre los álamos. Miró a Jims y le guiñó el ojo. Al menos, eso era lo que Jims siempre creía ver y lo que siempre contaba. Y ese guiño le decía, o parecía decirle, muy directamente: «Sé mi amigo. Ven aquí a jugar conmigo. ¡Al diablo con tu tía Augusta!».

Una idea salvaje, atrevida y absurda se le cruzó por la mente. ¿Podría? ¡Sí! Entonces, iría. Sabía que sería fácil. Lo había planeado tantas veces, pero hasta ese momento nunca había soñado en llevarlo a la práctica. Primero, destrabar la ventana, abrirla, aferrarse a la rama del pino y, de allí, saltar a la otra rama que llegaba hasta la pared y que casi tocaba el suelo y de allí saltar al aterciopelado césped que crecía bajo los álamos... era sólo un minuto. Con un grito cauteloso y reprimido, Jims corrió hacia el Gato Muy Hermoso.

El gato se irguió y retrocedió con deliberada rapidez y Jims lo siguió. El gato huía a través de los senderos llenos de rosas y eludía las manos entusiastas de Jims de tal modo de mantenerse fuera de su alcance a propósito. Jims había olvidado todo, y sólo pensaba en atrapar al gato. Estaba radiante de temerosa alegría y de un mágico esplendor. Había escapado de la habitación azul y de los fantasmas, estaba en su Jardín de las Fragancias y se había burlado de la perversa tía Augusta. Pero debía

atrapar al gato.

El gato corrió por el césped y Jims lo persiguió a través de las verdes sombras de los árboles frondosos. Más allá de los árboles, había un claro de sol en el que la vieja casa de piedra se complacía y deleitaba como si fuese un inmenso gato gris. Adelante y atrás había más jardines, embellecidos por todos los capullos en flor. En el centro de todo aquello, bajo un inmenso árbol de haya, había una mesita de té y, sentada a la mesa, una mujer vestida de negro, que leía.

Como ya había llevado a Jims hasta donde quería, el gato se sentó y comenzó a lamerse las patas. Ahora sí tenía deseos de que lo atraparan, pero Jims ya no pensaba en eso. Se quedó inmóvil contemplando a la mujer. Ella no advirtió su presencia y Jims sólo alcanzaba a verle el perfil, que le pareció muy hermoso. Tenía un espléndido cabello negro azulado y parecía tan dulce que el corazón de Jims comenzó a latir con fuerza. Entonces, la mujer levantó la vista, giró la cabeza y lo vio. Jims sintió algo similar a un sobresalto. No era bonita; en el rostro tenía la marca de una terrible cicatriz roja que arruinaba su belleza, lo cual era una lástima. Pero nada podía arruinar la dulzura de aquel rostro o la belleza de aquellos suaves ojos de color gris azulado. Jims no recordaba a su madre y no tenía idea de cómo era, pero en ese momento pensó que le habría gustado que su madre tuviese esos mismos ojos. Después del primer momento, a Jims dejó de importarle la cicatriz.

Pero tal vez su primera reacción se reflejó en su semblante porque una expresión de dolor cubrió los ojos de la mujer y, casi involuntariamente, se llevó la mano al rostro y ocultó la cicatriz. Luego la retiró y miró a Jims con una expresión, en parte desafiante, en parte compasiva. Jims pensó que tal vez la mujer estaba enojada porque él había perseguido al gato.

—Disculpe —dijo con seriedad—. No quería lastimar a su gato. Sólo quería jugar con él. Es un Gato Muy Hermoso.

—Pero ¿de dónde vienes? —preguntó la mujer—. Hace tanto tiempo que no veo a un niño en este jardín —agregó, como si hablara para ella. Su voz era tan dulce como la expresión de su rostro. Jims se dio cuenta de que se había equivocado al pensar que estaba enojada y recobró su espíritu sociable. La timidez no era precisamente uno de los defectos de Jims.

—Vine de la casa que está al otro lado de la pared —dijo—. Mi nombre es James Brander Churchill. Tía Augusta me encerró en la habitación azul, porque tiré el budín durante el almuerzo. Odio que me encierren. Y justo esta tarde que iba a dar un paseo en automóvil y también iba a comer un helado y tal vez iba a ir al cine. Por eso estaba rabioso. Cuando su Gato Muy Hermoso vino y me miró, salí y bajé hasta aquí.

El niño la miró a los ojos y le sonrió. Jims tenía una sonrisa muy dulce. Era una lástima

que no tuviese una madre que pudiese disfrutar de su sonrisa. La mujer también le sonrió.

—Creo que hiciste bien —dijo.

—Usted sí que no encerraría a un niño si lo tuviese, ¿no es así?

—No... no, mi querido, no lo encerraría —contestó la mujer. Pero lo dijo como si algo en su interior la hubiese lastimado. Volvió a sonreír con cortesía.

—Ven y siéntate aquí —agregó al mismo tiempo que alejaba una silla de la mesa.

—Gracias, pero prefiero sentarme aquí —dijo Jims y se sentó en el césped—. Tal vez su gato se acerque.

El gato se acercó enseguida y frotó la cabeza contra la rodilla de Jims, que lo acarició radiante. ¡Qué hermosas que eran aquella piel suave y aquella cabeza redonda y aterciopelada!

—Me gustan los gatos —explicó Jims—, pero no tengo más que un pavo. Ése es un Gato Muy Hermoso. ¿Cómo se llama?

—Black Prince. Me quiere mucho —comentó la señora—. Todas las mañanas viene a mi cama y me despierta acariciándome la cara. A él no le importa que yo sea fea.

Habló con una amargura que Jims no alcanzó a comprender.

—Pero usted no es fea —dijo Jims.

—Sí soy fea... soy fea —dijo—. Mírame bien... mírame bien. ¿Acaso no te hace daño el solo hecho de mirarme?

—No —contestó—. Para nada —agregó, después de explorar una vez más en su conciencia.

De pronto la mujer soltó una carcajada hermosa. Un rubor rosa pálido le cubrió la mejilla que no estaba lastimada.

—James, creo que eres sincero.

—Por supuesto que soy sincero. Y si no le importa, llámeme Jims. Nadie me llama James, salvo mi tía Augusta. Ella no es mi verdadera tía; es sólo la media hermana de mi tío Walter. Él sí es mi verdadero tío.

—¿Y cómo te llama él? —preguntó la mujer con la mirada vuelta hacia otro lado.

—Jims, cuando se acuerda de mí. A menudo se olvida de que existo, porque tiene muchos niños enfermos en quienes pensar. Atender a niños enfermos es todo lo que le interesa a tío Walter. El señor Burroughs dice que es el mejor médico para niños del lugar. Pero odia a las mujeres.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo oí decir al señor Burroughs, mi maestro. Estudio con él de nueve a una. No me permiten ir a la escuela pública. Me gustaría, pero tío Walter piensa que todavía no soy muy fuerte. Pero el año que viene, cuando tenga diez años, iré. Ahora estoy de vacaciones. El señor Burroughs siempre se va el 1 de junio.

—¿Y cómo fue que te dijo que tu tío odiaba a las mujeres? —insistió la mujer.

—No, él no me lo dijo a mí. Estaba hablando con un amigo de él. Pensó que yo estaba leyendo mi libro. Era cierto, pero oí todo lo que decían. Era más interesante que el libro. Tío Walter estuvo comprometido con una mujer hace mucho, mucho tiempo, cuando era joven. Ella era muy pero muy bonita.

—¡Jims!

—El señor Burroughs lo dijo. Yo sólo estoy repitiendo lo que él dijo —explicó Jims—. Y tío Walter la adoraba. Pero el señor Burroughs dijo que de pronto ella lo abandonó sin darle ninguna explicación. Por eso es que odia a las mujeres. No es para asombrarse, ¿no es cierto?

—Supongo que no —dijo la mujer con un suspiro—. Jims, ¿tienes hambre?

—Sí. Lo que pasó es que no comí el budín, porque se me cayó. Pero ¿cómo se dio cuenta?

—Bueno, los niños solían tener hambre cuando yo los conocía hace mucho tiempo. Supuse que no habrían cambiado. Le diré a Martha que traiga algo para comer y lo comeremos aquí, bajo este árbol. Siéntate aquí... yo me sentaré allí. Jims, hace tanto tiempo que no hablo con un niño que tengo miedo de no saber hacerlo.

—Sabe hacerlo muy bien —le aseguró Jims—. Pero ¿cómo se llama usted?

—Mi nombre es señorita Garland —dijo la mujer después de dudar un momento. Pero vio que el nombre no significaba nada para Jims—. Me gustaría que me llamaras señorita Avery. Es mi primer nombre y nadie me llama así ahora. ¡Ahora, a divertirnos! No puedo ofrecerte una película y creo que tampoco hay helado. Podría haber

conseguido si hubiese sabido que vendrías. Pero supongo que Martha podrá encontrar algo rico.

Una mujer muy vieja, que miró a Jims con asombro, salió a poner la mesa. Jims pensó que debía ser tan vieja como Matusalén. Pero no le prestó atención. Mientras preparaban el té, corrió carreras con Black Prince, hizo rodar al fascinado gato sobre el césped una y otra vez. Descubrió un jardín de hierbas fragantes en un rincón alejado y se sintió feliz. Ahora sí era un verdadero Jardín de Fragancias.

—Es muy hermoso este lugar —le dijo a la señorita Avery, que miraba la algarabía de Jims con expresión de deseo en sus hermosos ojos—. Me gustaría venir más seguido.

—¿Y por qué no puedes venir? —preguntó la señorita Avery.

Ambos se miraron con astuta inteligencia.

—Podría venir cada vez que tía Augusta me encierre en la habitación azul —contestó Jims.

—Sí —dijo la señorita Avery. Luego rió y le extendió los brazos. Jims voló hacia ellos, le rodeó el cuello y le besó la cara con la cicatriz.

—Me gustaría que usted fuese mi tía —dijo.

La señorita Avery de pronto lo apartó. Jims tuvo miedo de haberla ofendido. Pero ella le tomó la mano.

—Seremos amigos, Jims —dijo—. Después de todo, es mejor que ser parientes. Ven a tomar el té.

En esa gloriosa mesa de té se sintieron como amigos de toda la vida. Siempre se habían conocido y siempre se conocerían. Black Prince se sentó entre ellos y recibió algunos bocaditos. Había muchas cosas ricas sobre la mesa y no había nadie que dijese: «Ya es suficiente, James». Y James comió hasta que él consideró que ya era suficiente. Si tía Augusta lo hubiese visto, habría pensado que era un caso perdido.

—Creo que debo irme ya —dijo Jims con un suspiro—. En media hora será la hora de comer y tía Augusta me irá a buscar.

—Pero ¿volverás?

—Sí, cuando me encierre otra vez. Y si no me encierra pronto, me portaré tan mal que tendrá que encerrarme.

—Siempre pondré un lugar para ti en la mesa, Jims. Y cuando no vengas, fingiré que estás aquí conmigo. Y cuando no puedas venir, escíbeme una carta y tráela cuando vengas.

—Adiós —dijo Jims. Le tomó la mano y la besó. Había leído que un joven caballero lo hacía y siempre soñó con imitarlo si alguna vez se le presentaba la oportunidad. Pero ¿a quién se le ocurriría besarle la mano a tía Augusta?

—Mi querido pequeño —dijo la señorita Avery—, ¿pensaste acaso cómo harás para regresar? ¿Puedes subirte a esa rama de pino desde el suelo?

—Tal vez pueda saltar —dijo Jims con un dejo de duda.

—No creo que puedas. Te daré un banco para que te subas. Luego, déjalo allí para el futuro. Adiós, Jims. Jims, hace dos años no creí que hubiese una persona como tú en este mundo... te quiero... te quiero.

El corazón de Jims se llenó de una cálida explosión de felicidad. Siempre deseó que alguien lo quisiera. Y ningún ser viviente, de eso estaba seguro, lo quería salvo su pavo, pero el amor de un pavo no es suficiente, aunque es mejor que nada. Mientras arrastraba el banco por el césped, se sintió radiante de felicidad. Trepó al pino y entró por la ventana y se acurrucó en el sillón y se sintió en un laberinto de alegría. La habitación azul estaba más sombría que de costumbre, pero no le importaba. Allá, en el Jardín de las Fragancias, había amistad y risas y muchas cosas atractivas. El mundo entero había cambiado para Jims.

A partir de ese momento Jims vivió dos vidas paralelas, sin sentir vergüenza por ello. Cada vez que lo encerraban en la habitación azul se escapaba al Jardín de las Fragancias... y lo encerraban muy a menudo; dado que, como el señor Burroughs estaba de viaje, tenía tiempo para hacer todo lo que tía Augusta consideraba travesura. Además, era una triste realidad el hecho de que Jims ya no se esforzaba por ser bueno. Pensaba que la recompensa era mucho mayor si se portaba mal y lo encerraban. Pero a decir verdad, siempre había algo que arruinaba el encanto: lo asaltaba el miedo de que tía Augusta se arrepintiera y lo fuese a buscar antes de la hora de la cena.

«Y entonces sí que tendría problemas», se decía Jims.

Pero disfrutó de un verano glorioso y se volvió tan sano y fuerte con su nueva dieta de amor y compañerismo que un día su tío Walter, que tenía menos niños enfermos a quienes atender, lo miró con curiosidad y dijo:

—Augusta, ese niño parece más fuerte. Tiene buen color y ahora sí parecen los ojos de un niño. Haremos de ti un hombre, Jims.

—Puede ser que esté más fuerte, pero cada vez está más desobediente —dijo tía Augusta con voz sombría—. Siento decirte, Walter, que su conducta es pésima.

—Todos fuimos niños alguna vez —dijo tío Walter con indulgencia.

—Tío, ¿tú fuiste niño? —preguntó Jims con verdadero asombro.

Tío Walter rió.

—¿Acaso crees que soy antediluviano?

—No sé qué es eso. Pero tienes el cabello gris y los ojos cansados —dijo Jims sin transigir.

Tío Walter volvió a reír. Le dio veinticinco centavos y se marchó.

—Tu tío apenas tiene cuarenta y cinco años y está en la plenitud de la vida —dijo tía Augusta con voz severa.

Jims corrió a propósito hacia la ventana y, con el pretexto de mirar hacia afuera, tiró una maceta. Lo exiliaron a la habitación azul y fue a su amado Jardín de las Fragancias, donde estaba la señorita Avery, cuyos ojos irradiaban amor y donde encontraba a su alegre compañero de juegos, Black Prince, y a la vieja Martha que lo mimaba y lo malcriaba tanto como ella quería.

Jims nunca hacía preguntas, pero era un niño muy despierto y, atando cabos, descubrió muchas cosas acerca de los habitantes de la vieja casa de piedra. La señorita Avery nunca salía a ningún lugar y jamás recibía a nadie. Vivía completamente sola con la única compañía de sus dos criados, un hombre y una mujer. Aparte de ellos dos y de Jims, nadie la había visto durante veinte años. Jim no sabía la razón, pero sospechaba que se debía a la cicatriz del rostro.

Jims jamás hizo una referencia a la cicatriz, pero un día la señorita Avery le contó lo que le pasó.

—Tiré una lámpara, mi vestido se incendió y me quemó el rostro. Me dejó feísima. Antes yo era linda... muy linda. Todos lo decían. Ven y te mostraré un cuadro.

Lo condujo al vestíbulo y le mostró el cuadro que colgaba de la pared entre las dos ventanas. Era el retrato de una joven vestida de blanco. Era hermosa, por cierto, con esa piel de pétalo de rosas y con ojos sonrientes. Jims miró el rostro retratado con mucha seriedad; tenía las manos en los bolsillos y la cabeza, inclinada hacia un lado. Luego, miró a la señorita Avery.

—Antes era más bonita... sí —señaló con ojo crítico—, pero me gusta mucho más ahora.

—Jims, no puedes decir eso —protestó.

—Sí puedo —insistió Jims—. Ahora parece más buena y más agradable.

Era lo máximo que Jims podía decir para expresar lo que sentía frente al cuadro. La joven era hermosa, pero el rostro era un tanto duro. En él había orgullo y vanidad y un poco de la insolencia que caracteriza a las grandes bellezas. Ahora, en cambio, no había nada de eso en el rostro de la señorita Avery: sólo dulzura, ternura y anhelo maternal, a lo que Jims respondía con cada fibra de su ser. ¡Cómo se querían! ¡Y cómo se entendían! Querer es fácil; por lo tanto, es muy común, pero entenderse... ¡qué raro que es! ¡Y qué momentos tan espléndidos pasaban juntos! Hacían caramelo, algo que Jims siempre soñó con hacer, pero la cocina y las cacerolas inmaculadas de tía Augusta no debían profanarse. Leían cuentos de hadas. El señor Burroughs siempre se opuso a leer cuentos de hadas. Jugaban con pompas de jabón en el césped y las dejaban volar por el jardín y por el huerto como si fueran globos de hadas. Disfrutaban de gloriosos té bajo el árbol de haya. Ellos mismos hacían helados. Jims incluso se deslizaba por las barandas tantas veces como quería. Y podía emplear una o dos palabras vulgares sin que nadie se muriera de horror. A la señorita Avery parecía no importarle en absoluto.

Al principio la señorita Avery siempre vestía ropas sombrías y oscuras. Pero un día Jims la encontró con un hermoso vestido de seda color amarillo pálido. Era viejo y anticuado, pero Jims no lo sabía.

—¿Te gusto más con este vestido? —preguntó esperanzada.

—Usted siempre me gusta. No me importa lo que lleva puesto —contestó Jims—. Pero ese vestido es hermoso.

—¿Te gustaría que vistiese colores claros, Jims?

—Por supuesto que sí —dijo Jims con mucho énfasis.

Después de aquella vez siempre vestía colores claros, rosa y amarillo y azul y blanco. Dejaba que Jims le entrelazara flores en su espléndido cabello. Jims tenía mucha habilidad para eso. La señorita Avery jamás usaba joyas, excepto un anillo de oro que tenía la forma de dos manos tomadas y que nunca se quitaba.

—Me lo regaló un amigo hace muchos años, cuando íbamos juntos al colegio —le contó una vez a Jims—. Nunca me lo quito, ni de día ni de noche. Cuando muera, deberán

enterrarlo conmigo.

—Pero usted no debe morir antes que yo —dijo Jims consternado.

—Jims, si tan sólo pudiéramos vivir juntos, nada me importaría —dijo con fervor—. Jims... Jims... te veo tan poco en realidad y algún día te irás a la escuela y te perderé.

—Debo pensar en alguna manera de impedido —dijo Jims—. No iré. No iré... no iré.

No obstante, su corazón se llenó de tristeza.

Un día Jims se escapó de la habitación azul, se deslizó por el pino y atravesó el jardín con la cara manchada de lágrimas.

—Tía Augusta va a matar a mi pavo —sollozó en los brazos de la señorita Avery—. Dice que no va a preocuparse más por él... que se está poniendo viejo... y lo matará. Y ese pavo es el único amigo que tengo en el mundo además de usted. No lo puedo soportar, señorita Avery.

Al día siguiente, tía Augusta le dijo que había vendido su pavo y que ya se lo habían llevado. Jims se desató en una tormenta de lágrimas y protestas y tía Augusta no tardó en encarcelarlo en la habitación azul. Minutos más tarde, el niño sollozante se precipitó por el árbol y de pronto se detuvo. La señorita Avery leía bajo la haya y Black Prince dormitaba sobre su regazo... y un enorme y magnífico pavo del color del bronce se paseaba por el jardín, moviendo el gran abanico de su cola a un lado y a otro.

—¡Mi pavo! —gritó Jims.

—Sí. Martha fue a la casa de tu tío y lo compró. No temas, no te descubrió. Sólo le dijo a Nancy Jane que quería un pavo y que, como había visto uno allí, pensó que tal vez podía comprarlo. Ya ves, Jims, aquí tienes a tu mascota y aquí se quedará hasta que muera de viejo. Y tengo algo más para ti. Ayer Edward y Martha fueron al otro lado del río, al criadero de perros de los Murray, y lo trajeron.

—No es un perro, ¿no es cierto? —exclamó Jims.

—Sí, un hermoso cachorrito bulldog. Será tuyo, Jims y la única condición que exijo es que logres que sea amigo de Black Prince.

Era una ardua tarea, pero Jims lo logró. Luego, siguió un mes de perfecta felicidad. Se las ingeniaban para estar juntos tres veces por semana. Jims sentía que era demasiado hermoso para que fuese verdad. Algo lo arruinaría pronto. ¿Y si tía Augusta se volvía bondadosa y dejaba de encerrarlo? ¿Y si de pronto descubría que ya era demasiado grande como para encerrarlo? Jims comenzó a comer menos, para no crecer tan

rápido. Tía Augusta estaba preocupada por su pérdida de apetito y le sugirió a tío Walter que lo enviara al campo hasta que terminara la temporada de calor. Jims ya no quería ir al campo; su corazón estaba en otro lugar. Debía volver a comer, aunque creciera tan rápido como la hierba mala. Todo esto era muy complicado.

Tío Walter lo miró con ojos penetrantes.

—Jims, creo que tu salud está mejorando. ¿Quieres ir al campo?

—No, por favor.

—¿Eres feliz, Jims?

—A veces.

—Un niño debería ser feliz todo el tiempo, Jims.

—Si tuviera una mamá y alguien con quien jugar, sería siempre feliz.

—Traté de ser una madre para ti, Jims —dijo tía Augusta con tono ofendido. Luego se dirigió a tío Walter—. Una mujer más joven tal vez lo comprenda mejor. Además, el trabajo que implica tener esta casa tan grande es demasiado para mí. Preferiría volver a mi vieja casa. Si te hubieses casado hace mucho tiempo, como deberías haber hecho, Walter, James habría tenido una madre y algunos primos con quienes jugar.

Tío Walter frunció el entrecejo y se levantó.

—Que una mujer te haya traicionado no es suficiente razón para arruinarte la vida —continuó tía Augusta con tono severo—. Callé durante todos estos años, pero ahora hablaré... y muy claramente. Debes casarte, Walter. Aún eres joven y te lo debes a ti mismo.

—Escucha, Augusta —dijo tío Walter con mucha seriedad—. Una vez quise a una mujer. Creí que me amaba. Un día me devolvió el anillo y me dejó un mensaje en el que me decía que había dejado de quererme y me prohibió que le volviese a mirar la cara. Obedecí. Eso es todo.

—Hubo algo extraño en todo eso, Walter. La vida que llevó hasta ahora lo confirma. Por lo tanto, no debes dejar que eso te ponga en contra de todas las mujeres.

—No se trata de eso. Es absurdo decir que odio a las mujeres, Augusta. Pero esa experiencia me quitó la voluntad de querer a otra mujer.

—Bueno, ésta no es una conversación que deba oír un niño —dijo tía Augusta

recobrando la calma—. Jims, vete.

Jims habría dado una de sus orejas por quedarse a escuchar con la otra. Pero obedeció y salió.

Y luego, al día siguiente, sucedió algo terrible.

Era el 1 de agosto y hacía mucho, mucho calor. Jims llegó tarde a almorzar y tía Augusta lo reprendió y, a propósito y con maldad premeditada, Jims le dijo que era una vieja detestable. Nunca había insultado a su tía Augusta. Pero hacía ya tres días que no veía a la señorita Avery ni a Black Prince ni a Nip y estaba desesperado. Tía Augusta enrojeció de rabia y lo sentenció a una tarde entera en la habitación azul por impertinente.

—Y le contaré a tu tío, cuando regrese a casa —agregó.

Eso le molestó, porque no quería que tío Walter lo considerara impertinente. Pero Jims olvidó todas sus preocupaciones, cuando comenzó a caminar por el Jardín de las Fragancias hacia el árbol de haya. Pero una vez allí, Jims se detuvo como si le hubiesen disparado. Tirada sobre el césped, bajo el haya, fría, blanca e inmóvil, yacía su señorita Avery... ¡muerta, completamente muerta!

Al menos, eso fue lo que Jims pensó. Corrió como loco hasta la casa, gritando por Martha. Nadie contestó. Jims recordó, con un torrente de espanto, nauseabundo, que la señorita Avery le había comentado que ese día Martha y Edward se marchaban a visitar a una hermana. Caminó como ciego por el césped y llegó al pequeño portón lateral que nunca había atravesado y salió a la calle de su casa. Tío Walter estaba abriendo la puerta del automóvil.

—Tío Walter... ven... ven —sollozó Jims, tomándolo del brazo con fuerza y desesperación—. La señorita Avery está muerta... muerta... ven pronto.

—¿Quién?

—La señorita Avery... Avery Garland. Está tirada en el césped allí, en su jardín. Y yo la quiero tanto... yo me voy a morir también... ven, tío Walter. ¡Ven!

Tío Walter lo miró como si quisiera hacerle algunas preguntas, pero permaneció en silencio. Con una expresión rara en el rostro, corrió detrás de Jims. La señorita Avery aún estaba allí. Cuando tío Walter se inclinó hacia ella, vio la gran cicatriz roja y se echó hacia atrás con una exclamación.

—¿Está muerta? —preguntó Jims, casi sin aliento.

—No —contestó tío Walter, volviéndose a inclinar—, no. Sólo se desmayó, Jims. Supongo que fue el calor. Necesito ayuda. Ve y llama a alguien.

—Hoy no hay nadie en la casa —dijo Jims con tal arrebató de alegría que quedó temblando como una hoja.

—Entonces ve a casa y llama por teléfono a casa del señor Loring. Diles que necesito por unos minutos la enfermera que está allí.

Jims cumplió con el recado. Tío Walter y la enfermera llevaron a la señorita Avery a la casa y luego Jims regresó a la habitación azul. Estaba tan triste que no le importó adónde iba. Deseaba que algo saltara de la cama y pusiera fin a su vida. Todo se había descubierto y nunca más volvería a ver a la señorita Avery. Jims permaneció inmóvil en el sillón que estaba junto a la ventana. Ni siquiera lloró. Tenía una de esas angustias demasiado profundas como para llorar.

«Seguro que cuando nací, alguien me echó una maldición», pensó el pobre Jims.

En la casa de piedra, la señorita Avery descansaba en el sofá de su habitación. La enfermera se había marchado y el doctor Walter estaba sentado y la contemplaba. Se inclinó sobre ella y le retiró la mano que ocultaba la cicatriz del rostro. Primero observó el anillo de oro y luego miró la cicatriz.

—No lo hagas —dijo con misericordia.

—Avery... ¿por qué lo hiciste?... ¿Por qué lo hiciste?

—Ya puedes adivinarlo ahora, Walter.

—Avery, ¿destrozaste mi corazón y arruinaste mi vida y la tuya sólo por esa cicatriz?

—No podía tolerar que me vieses tan fea —gimió—. Estabas tan orgulloso de mi belleza. Yo... yo... pensé que no podrías seguir amándome y no podía soportar la idea de ver aversión en tus ojos.

Walter Grant se inclinó hacia adelante y la miró fijamente.

—Mírame, Avery. ¿Ves aversión?

Avery se esforzó para mirar. Lo que vio la hizo ruborizarse.

—¿Pensabas acaso que mi amor era tan pobre y superficial, Avery —preguntó con seriedad—, que podía desvanecerse sólo porque ahora tienes una pequeña imperfección en tu belleza? ¿Pensabas que eso me cambiaría? ¿Acaso tu amor hacia mí

era tan débil?

—No... no —gimió—. Te amé cada momento de mi vida, Walter. No me mires de esa manera, con tanta firmeza.

—Si tan sólo me lo hubieses dicho —continuó el doctor Walter—. Me prohibiste que volviera a mirarte a la cara y ellos me dijeron que te habías marchado. Además, me devolviste el anillo sin una palabra de explicación.

—Conservé el viejo —lo interrumpió y extendió la mano—, el primero que me regalaste. ¿Te acuerdas, Walter? Cuando éramos niños.

—Me robaste todo lo que hacía que mi vida tuviera sentido, Avery. ¿Me crees si te digo que ahora soy un hombre amargado?

—Me equivoqué... me equivoqué —sollozó—. Debí haber creído en ti. Pero ¿acaso no crees que yo también pagué por eso? Perdóname, Walter. Es demasiado tarde para reparar los daños, pero perdóname.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó con mucha seriedad.

Ella señaló la cicatriz.

—¿Podrías enfrentarte a esto todos los días en tu mesa? —preguntó con amargura.

—Sí... si también puedo ver tus dulces ojos y tu hermosa sonrisa, Avery —dijo con pasión—. Avery, era a ti a quien amaba y no a tu aspecto exterior. ¡Qué tonta que fuiste..., tonta y mórbida! Siempre le diste mucha importancia a la belleza, Avery. Si hubiese imaginado la verdad de todo este asunto, si hubiese sabido que estuviste aquí todos estos años... oí un rumor hace mucho tiempo de que te habías casado, Avery... pero si lo hubiese sabido, habría venido y te habría obligado a ser... sensata.

Ella rió ante la torpe conclusión de Walter. ¡Era tan típico del viejo Walter! Luego, cuando él la tomó en brazos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

La puerta de la habitación azul se abrió. Jims no levantó la vista. Seguro que era tía Augusta que había oído toda la historia.

—Jims, pequeño.

Jims levantó los ojos tristes. Era tío Walter, pero era un tío Walter diferente, un tío Walter con ojos sonrientes y un extraño brillo de juventud.

—Pobre criatura solitaria —dijo tío Walter para sorpresa de Jims—. Jims, ¿te gustaría

que la señorita Avery viniese a vivir aquí con nosotros para siempre y que fuese tu verdadera tía?

—¡Caracoles! —exclamó Jims, transformado en un instante—. ¿Hay alguna posibilidad de que pase eso?

—Sí, gracias a ti —dijo tío Walter—. Puedes ir a verla un ratito. No la canses con tu charla; aún está débil. Luego, ve a cuidar de tu jardín zoológico. Avery está preocupada porque el bulldog y el pavo no comieron... y Jims...

Pero Jims ya se había deslizado por el pino y corría por el Jardín de las Fragancias. Esta vez sin temor a ser castigado.